

LEOPOLDO ABADÍA

YO DE MAYOR QUIERO SER JOVEN

Reflexiones de un
chaval de 82 años

LEOPOLDO ABADÍA

YO DE MAYOR QUIERO SER JOVEN



© Leopoldo Abadía, 2016
© Espasa Libros, S. L. U., 2016

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito legal: B. 462-2016
ISBN: 978-84-670-4620-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es.

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Unigraf, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

ÍNDICE

DEDICATORIA	9
DECLARACIÓN DE INTENCIONES	11
CÓMO LEER ESTE LIBRO	17
1. Yo de mayor quiero ser una persona completa	19
2. Yo de mayor quiero ser decente	34
3. Sobre la decencia. Yo de mayor quiero ser Luis Miguel Dominguín	57
4. Yo de mayor quiero ser un joven emprendedor (o un viejo empresario)	61
5. Sobre emprender. Yo de mayor quiero ser Ramón y Javier	82
6. Yo de mayor quiero ser optimista	85
7. Sobre el optimismo. Yo de mayor quiero ser John Fitzgerald Kennedy	90

8. Yo de mayor quiero ser una persona educada	93
9. Sobre la educación. Yo de mayor quiero ser Tierno Galván	105
10. Yo de mayor quiero ser un fan de la familia	110
11. Sobre la familia. Yo de mayor quiero ser Julio Iglesias .	116
12. Yo de mayor quiero pensar en los demás	119
13. Sobre la solidaridad. Yo de mayor quiero ser Itzhak Perlman	125
14. Yo de mayor quiero tener criterio sobre política	127
15. Sobre la política. Yo de mayor quiero ser Liz Taylor .	144
16. Yo de mayor quiero ser economista sin ser economista .	146
17. Sobre la economía. Yo de mayor quiero ser Josep Maria de Sagarra	151
18. Yo de mayor quiero trabajar	154
19. Sobre el trabajo. Yo de mayor quiero ser Jimmy Carter ..	161
20. Yo de mayor quiero discurrir	165
21. Sobre la sensatez. Yo de mayor quiero ser Carmen de Lirio	175
22. Yo de mayor quiero saber morir con estilo	179
23. Sobre la muerte con estilo. Yo de mayor quiero ser Desmond Tutu	193
EPÍLOGO	195

1

YO DE MAYOR QUIERO SER UNA PERSONA COMPLETA

Si hiciera la carta a los Reyes Magos en la que pudiera poner las cosas que me gustaría que me completaran como persona, tendría serios problemas. Porque todo lo que me gustaría no se puede comprar, si no que es fruto del enfoque vital de cada uno, saber quién eres —y quién no eres—, asumir que eres lo que eres y que, como se dice por ahí, «con estos bueyes hay que arar».

Por fuera, sería igual. No soy ni Brad Pitt ni George Clooney, que se supone que son los guapos oficiales. De joven me llamaban «el alemán» porque era rubio y alto. Con eso me vale.

Por dentro, me gustaría ser aquello por lo que llevo toda la vida luchando: una buena persona, y discurrir intentando cada día ser mejor y, si con eso ayudo a los demás, fenomenal.

Creo que no está mal empezar este libro reuniendo una serie de ideas que forman parte de ese «cómo me gustaría ser por dentro» y que pueden dar una serie de ideas de cómo pretendiendo ser cuando sea un joven de ochenta y pico y más.

QUIERO TENER CRITERIO

Lo digo por activa y por pasiva. El criterio te distingue del que no piensa por sí mismo y no discurre. Intentaré no querer saber de todo —esto me resulta fácil—. No tendré apuro en decir:

—Sobre ese asunto, no tengo la menor idea.

Y es que la mayor parte de la cosas son opinables. Ya sé que a los del Barça y a los del Madrid les parece que es fundamentalmente obligatorio que el Barça o el Madrid ganen siempre, pero, en confianza, no pasa nada si no lo hacen.

Tengo fe absoluta en el poder de la gente. Pienso que un millón de señores con boina y palillo en los dientes diciendo «no» a un producto, por ejemplo, financiero, pueden cargarse el Banco Santander y dejar sin patrocinador a la Fórmula 1. También creo que es verdad que para hacer revoluciones civiles no hace falta indignarse. Basta con hacernos mayores. Hacerse mayores quiere decir hacerse mayores. O sea:

— No hacer caso al primer cantamañanas que pase por la puerta y nos diga algo que no entendemos, porque no es lo que nuestra abuela nos enseñó.

— No hacer caso al segundo cantamañanas.

Me parece que la realidad es muy rica en matices y que lo mismo que no admitimos que un médico nos diga que estamos muy bien o que estamos muy mal y le pedimos un poco más de detalle, tenemos que exigir y exigirnos un poco más de detalle en todo lo que nos digan en todas partes.

* * *

A veces tengo la sensación de que hablo sobre árboles diversos y no consigo ver el bosque. En mi casa de San Quirico

veo árbol por árbol, y me encantan. Viene mi amigo Esteban y dice:

—Aquí hay que cortar árboles.

Él ve el bosque. Yo, los árboles, a los que a fuerza de años de crecer juntos, ellos y yo, les he cogido cariño.

* * *

Cuando de chaval trabajaba en Sastrería La Confianza de Zaragoza, me encargaba de la publicidad. Había un anuncio que se repetía treinta, cuarenta veces al día —«La Confianza. La Confianza. Sastrería La Confianza»— y por el que nunca nos dieron ningún premio. Pero con mucha frecuencia me encontraba conocidos que me decían:

—No hago más que oíros por la radio. Tendré que compraros algo.

Por tanto, repetición, repetición, repetición... Con eso puedes tener hábitos y cuando algo se convierte en hábito y es bueno se nota, en ti y en los demás.

Cuando uno adquiere criterio, aprende a distinguir las cosas importantes de las no importantes y, por supuesto, detecta las bombas de humo. A mi amigo de San Quirico las bombas de humo le desconciertan... porque no sabe cuándo empiezan y cuándo acaban, y con eso no consigue lucirse ante sus amigos del pueblo que le piden opinión —esto de ser el amigo de San Quirico le ha encumbrado que no veas—.

Yo hice la milicia universitaria en el Campamento de Castillejos, perteneciente a la Unidad de Destrucciones. Otro y yo llevábamos las bombas de humo, que pesaban mucho cuando ibas y mucho menos cuando volvías. Las bombas servían para distraer al enemigo y para que los buenos, o sea, nosotros, pu-

diéramos acercarnos a la posición contraria y poner las cargas explosivas.

También servían para que los de las bombas, una vez lanzado el humo, pudiéramos sentarnos a la sombra de un árbol y ver cómo se arrastraban por el suelo los que, de verdad, en una guerra real, se habrían jugado la vida.

Así que le contesto a mi amigo:

—Pues eso es lo que tienes que decirles a tus amigos: que esas cosas son puras y simples bombas de humo.

El «cómo» es mucho más difícil que el «qué». Pero si no han pensado en el «cómo», que no me hablen del «qué».

* * *

Cuando alguien dice que se ha inventado algo que antes se me había ocurrido a mí, me suelo callar, porque pienso que si se me ha ocurrido a mí, antes se le habrá ocurrido a otro.

A veces me da por fijarme en palabras, en frases, y de ahí deduzco cómo van las cosas. Seguramente es un método poco científico, pero a mí me sirve.

* * *

QUIERO SABER SER MAYOR

A veces llamo chavales a gente de cincuenta. No es un lapsus. El ser chaval no tienen nada que ver con lo pone en el DNI. Tiene que ver con la alegría, la ilusión, las ganas de trabajar, las ganas de ayudar, con la sonrisa, a que los demás sean felices.

Cuando te vuelves mayor se te olvida lo que hiciste ayer o dónde pusiste las gafas, y te acuerdas perfectamente de lo que

pasó hace muchos años. Me lo van a decir a mí, que, por supuesto, no sé dónde he dejado las gafas, pero me acuerdo de la zancadilla que me puso Paco Pepe, un chaval de mi clase del Colegio del Salvador de Zaragoza, que jugaba muy bien al fútbol y con el que un día tuve mis más y mis menos —mis más, cuando él me puso la zancadilla, y mis menos, cuando le cacé en un intento de profundizar en mi área—.

Ahora estoy muy animado porque veo que esto mismo le ocurre a bastantes, a muchos, a muchísimos. Y he decidido hacer un trabajo de investigación sobre el terreno. O sea, nada de teorías: cosa que veo, cosa que apunto. Y luego, a sacar conclusiones.

Saber ser mayor significa tener capacidad para seguir «trabajando» la cabeza y que esta funcione para llegar a esas conclusiones.

QUIERO SABER PERDONAR

Qué difícil es darse cuenta de que hay que perdonar. Pero una vez te has percatado, perdonar es muy fácil. Lo difícil es, además, olvidar. Y si olvido, ya no tengo que perdonar nada, porque se me ha olvidado.

A mí me parece que alguien debería organizar cenas en mangas de camisa con gente de los partidos políticos para hablar de sus familias, de los suspensos que tuvieron cuando hacían la carrera, de la moción de censura del Barça, de por qué el Zaragoza ha bajado a segunda división.

Lo único que pido es que me inviten. Quizá pueda hacer una aportación brillante y romper el hielo. Cuenten conmigo. El buen resultado está garantizado.

NO QUIERO SER PREPOTENTE

Prepotencia. Esta es una palabra que no me gusta, es probable que porque lo que quiere decir me molesta profundamente. Me cansa ver gente de esa que ahora llaman prepotentes y que a mí me parecen unos *desgraciaos* —*desgraciaos* me suena más duro que *desgraciados*, y refleja mejor lo que quiero decir—. Gente que se cree que son el *number one* y ya firmarían por ser el *number one hundred* cuando sean mayores.

QUIERO SABER CALLARME

Callarse es una medida de prudencia cuando no sabes por dónde vienen los tiros.

QUIERO SABER TENER DETALLES

Estuve el otro día en una reunión de empresarios. Antes de empezar un fotógrafo me quiso hacer unas fotos. Le pedí que esperase un momento, me subí los calcetines y me hizo las fotos. Uno de los organizadores se me acercó y me dijo:

—Usted es un señor.

Como le miré con cara rara, se explicó:

—Porque se ha subido los calcetines antes de la foto.

Y siguió, porque ese día estaba parlanchín:

—Mire, si descuidamos las cosas pequeñas, esta vida es un asco. Y además, me parece que lo dijo usted en un artículo, o sea, que no venga ahora asombrándose de lo de los calcetines.

Y siguió:

—¿Se ha fijado en la cantidad de detalles pequeños que se descuidan por ahí? Ir con corbata donde no toca ir con corbata. Ir sin ella donde sí que toca; vestirse de playa para ir al liceo, vestirse de liceo cuando se va a la playa...

Aquí se paró y me señaló:

—No apunte esto último, porque me parece que nadie va de etiqueta a la Barceloneta, pero quédese con una idea: hay que saber estar.

Hablar con la misma naturalidad con los que se han puesto de moda que con los que ya no lo están —me dijo que en este punto se incluían los que habían tenido un revés, de fortuna o político, y en cuya casa, de repente, el teléfono había dejado de sonar—. Y saludar con el mismo afecto al que te cae bien y al que te cae menos bien. Aseguró que no soportaba eso de que el presidente del Gobierno, si le cae bien el invitado, lo reciba al pie de las escaleras de la Moncloa, y, si le cae mal o está enfadado con él, se quede arriba. Un detalle de mala educación.

QUIERO SABER EQUIVOCARME

Los hijos —esto también sirve para los empleados de una empresa— tienen derecho a equivocarse, como nos hemos equivocado tú y yo —yo, con frecuencia—. Tienen derecho a que se les felicite cuando lo hagan bien. Tienen derecho a que se les ayude y se les corrija cuando hagan algo mal, sabiendo que ayudar significa ayudar y corregir no es lo mismo que decir «¡ya te pillé!», y pegar una buena bronca rezumando satisfacción malévola.

QUIERO SACAR LO MEJOR DE LAS PERSONAS

Nadie es tan tonto como parece. En primer lugar, porque, normalmente, cuando alguien nos parece un inútil, es que no hemos trabajado lo suficiente para sacar de él todo lo bueno que seguro que lleva dentro. Porque algo bueno llevará.

No hay personas «de papelera». Cuando veo que alguien se queja de que todos le funcionan mal o de que todos los hijos son un desastre, siempre pienso: «¿Y si el tonto no es el que parece? Porque ese listo, listísimo, que se rodea de tontos, tontísimos, debe ser más tonto que todos ellos».

Sacar lo mejor de las personas no es fácil. Como a todo hijo de vecino, a veces nos salen bien las cosas y, a veces, un poco peor. Y en los últimos años, en este tema, estamos en horas bajas. Y como pasa con frecuencia, echamos la culpa al de al lado porque, eso sí, nos cuesta reconocer que lo hemos hecho mal. Y que de aquellos polvos vinieron estos lodos.

En el IESE, al principio, a la persona que se echaba el equipo a la espalda lo llamábamos «hombre de vértice». Luego, por lo de la paridad, le cambiamos el nombre a «persona de vértice». Y decíamos que todo dependía de ella, aunque hubiera gente muy válida a su alrededor.

Ser persona de vértice es cansado. Pero hace el bien porque ayuda a sacar lo mejor de las personas. Por tanto,

- primera idea: prohibido decir que estamos cansados;
- segunda idea: prohibido pensarlo;
- tercera idea: hablar muy claro y no decir cosas sin fundamento. Poder explicar por qué se dice una cosa;
- cuarta idea: no decir cosas extrañas, porque la gente cada vez es más lista y cada vez está menos dispuesta a

que le cuelen *encantaments* (frases bien construidas, que no significan nada, en absoluto).

Sacar lo mejor de las personas se puede convertir en una tarea preciosa si se trabaja en ello y se marca un camino inequívoco.

Mi amigo de San Quirico me dice que, aprovechando el insomnio, se ha puesto a ver el mundo desde arriba. Yo, cuando mi amigo dice estas cosas, me callo, porque siempre acierta —advertencia: hay gente, muchos en posiciones teóricamente importantes, que aciertan con menos frecuencia que mi amigo—. Dice que esto de ver el mundo desde arriba le ha gustado siempre. Que consiste en imaginarse la cantidad de estrellas que se ven y la cantidad de agujeros negros que también se ven.

Como sigo poniendo cara de que no logro cogerle el argumento, me explica que él considera que, desde arriba, se debe ver la Tierra llena de estrellas —la gente buena que hace cosas buenas— y de agujeros negros —la gente que, no se sabe por qué, hace cosas que no son buenas del todo—.

QUIERO SER NORMAL

¡Qué cosas! ¡Pensar que nos emociona lo normal! Supongo que debe ser porque emocionarse con lo normal debe ser normal. Y lo de ser generoso debe ser normal. Y lo de querer a la familia debe ser normal. Y lo de ser fiel a tu mujer/marido debe ser normal. Y lo de ser agradecido debe ser normal. Y lo de pensar en los demás debe ser normal. Y lo de que los padres quieran a los hijos y los hijos a los padres y todos juntos a los abuelos debe ser normal... Y si quieres, sigo, porque hay muchas cosas curiosas.

Y es que los periódicos vienen apasionantes. Parece que se ha acabado la gente normal.

QUIERO SABER ESCUCHAR

Que sí, que hay que escuchar. Y cuando alguien escucha a alguien, es frecuente eso que se oye de vez en cuando:

—¡Pero si es un tío majísimo! Yo pensaba que era bobo.

¿No será que no le habías escuchado nunca? ¿Te imaginas un país en el que la gente se escuche? ¿Te imaginas un país en el que haya gente dispuesta a escuchar a los demás? ¡Si solo sacando lo que uno lleva dentro ya se encuentra mejor!

Tenemos que tener la ventanilla siempre abierta. Hemos de ser funcionarios ayudantes de los demás. Las tiendas tienen que estar abiertas para dar servicio a la gente. Y hay muchos tipos de tiendas. Desde las ópticas hasta los bares, hasta las librerías jurídicas, hasta las parroquias, hasta las personas individuales, hasta los que mandan —no pongo «los que gobiernan» porque no gobiernan—.

QUIERO SER RESPONSABLE

Me gusta tener presente esta idea: «Mira, majo, si las cosas te van bien, es culpa tuya. Y si te van mal, también».

Me parece muy bien que vivamos mejor que antes. No tengo ninguna añoranza de los viejos tiempos, porque serían viejos, pero no mejores. Que lo de que cualquier tiempo pasado fue mejor lo escribió Jorge Manrique cuando se murió su padre, para que las coplas le salieran entonadas.

Este tiempo es muy bueno. Pero como siempre, la responsabilidad de lo que ocurre es nuestra. Ser responsable responde a esa idea que ya he repetido mil veces de la revolución civil. La revolución civil no consiste más que en conseguir que los cuarenta y seis millones de españoles seamos maduros, sensatos, honrados, trabajadores, leales, sinceros... En una palabra: personas.

QUIERO TENER SENTIDO COMÚN

Hay una cosa que me aterroriza: si no basta con el sentido común, sino que hay que saber, ¿qué nos puede ocurrir con estos mozos que andan por ahí, que ni saben ni tienen sentido común? Contestación: una debacle.

Y, lanzado a estropear las cosas, me hago otra pregunta: ¿qué nos puede ocurrir si estos mozos, que no saben ni tienen sentido común, además, tienen muy poca vergüenza? No sé cuál es el aumentativo de debacle. «Debaclón» suena mal, pero esa es la idea.

QUIERO SERVIR A LOS DEMÁS

Admiro el valor del servicio. Seguramente, es más acertado hablar del valor que tienen los que sirven. Con frecuencia llaman «servidores públicos» a los que, «profesionalmente», dicen que sirven al público.

Pero son mucho más importantes los que sirven a cada una de las personas que constituyen «el público».

Servicio, palabra que a todos nos encanta, sobre todo cuando realmente somos servidores de la sociedad. O sea, cuando no nos damos a nosotros mismos ese título, porque servidores

de la sociedad son todos los que, con un trabajo honrado, sirven a la sociedad. Por ejemplo, los barrenderos.

Y el servicio empieza por decir la verdad.

Y el único camino hacia la verdad es contarla.

QUIERO TENER ESPERANZA

Una pregunta muy común que me hacen en las conferencias y los periodistas: ¿usted cree que ahora se puede tener esperanza?

Como lo primero que me sale del alma es decir ¡¡claro que sí!!, con dos admiraciones, y la gente me mira como a un bicho raro, he ido al Diccionario de la Real Academia Española, que siempre me aclara las ideas. Como, además, lo edita Espasa, que es mi editorial, ayudo a barrer para casa.

El Diccionario presenta varias acepciones, de las que escojo las que mejor casan con lo que yo pienso. Me quedo con la que dice que es el «estado de ánimo en el cual se nos presenta como posible lo que deseamos» y me quedo también con la definición de «dar esperanza», en el sentido de dar a entender a alguien que puede lograr lo que desea.

Y no me quedo con otra, que dice que alimentarse de esperanzas es «esperar, con poco fundamento, que se conseguirá lo deseado o pretendido».

Como no todo va a ser copiar del Diccionario, empiezo a discurrir, aunque me cuesta más. Y al ponerme a discurrir, me fijo en lo de «pretendido», porque estoy convencido de que para tener esperanza hace falta «pretender» algo, o sea, querer conseguir algo. Y como cuando me pongo a discurrir no hay quien me pare, pienso que para conseguir algo hay que tener claro el «algo».

QUIERO VIVIR CON DIGNIDAD

Cuando era obispo de Buenos Aires, el ahora papa Francisco dijo que «el dinero y el poder son como la ginebra en ayunas. Inmediatamente marean, hacen perder el piso». Veo que «perder el piso», en Latinoamérica, quiere decir no tocar con los pies en el suelo.

Esta debe de ser la explicación de cosas que pasan. Porque oigo a gente hablando con cara muy seria y diciendo unas cosas que, si las analizas un poco, ves que son una muestra de que aquel mozo ha perdido el piso y no acaba de recuperarlo.

A veces leo cosas que pienso que luego las apuntaré y luego se me olvidan. Por lo menos, recojo una frase de alguien —no me acuerdo de quién— que ha hablado de «dar prioridad a la dignidad de la persona».

Una vez más, voy al Diccionario y, como me dice que «dignidad» es la «cualidad de digno», me cambio de palabra y me fijo en «dignamente», que quiere decir «con justicia, con razón». Y de ahí deduzco que dar prioridad a la dignidad de la persona es tratar a esa persona con justicia y con razón.

Y cuando, en vez de ser una persona son mil, quiere decir tratar a cada una de ellas con justicia y con razón.

QUIERO SER HONRADO

Estamos en la época perfecta —sobre todo en España— para asumir que somos pobres. Es decir, ser pobre es fácil. Ya lo hemos conseguido. Ahora hay que asumirlo, o sea, digerirlo, porque actuar como pobres es más difícil.

Lo de la honradez en sí es un poco más difícil, pero hay que conseguirlo, porque una nación pobre, pero honrada, tiene muchas posibilidades de salir adelante sin reblar.

Una nación pobre que se cree rica y que actúa como tal tiene todas las posibilidades de pegarse una galleta importante.

Una nación no honrada, formada por cuarenta y seis millones de personas no honradas, no tiene nada que hacer.

Una nación formada por muchas personas honradas —la mayoría— y que soporta la falta de vergüenza de una minoría, solo tiene que hacer una cosa: echarlos.

QUIERO SEMBRAR PAZ

A mí siempre me ha parecido que el que ataca de forma virulenta, el que habla indignado, el que se dedica a dividir... es porque tiene un complejo de inferioridad gordo. Que piensa que el puesto, proyecto, vida... le viene grande, muy grande, y que tiene que defenderse de los malos como sea —los malos son todos los demás, excepto los que le dicen que «usted es muy listo y muy guapo y que qué bien irían las cosas si hubiera muchos como usted»—.

* * *

Me acuerdo de un amigo mío que le decía a otro:

—Tú no tienes complejo de inferioridad: tú eres inferior.

El segundo se reía, porque todos sabíamos lo que valía y, gracias a Dios, sigue valiendo.

* * *

Sembrar paz es muy difícil, no se estila y se suele confundir con la falsa solidaridad, o sea, hago lo que me viene en gana y

me da comodidad y lo justifico como acto generoso. Por eso, cuanto más complicado sea sembrar paz, casi mejor. El resultado será mucho más espectacular.

QUIERO CONFIAR EN LOS DEMÁS

Me acuerdo de que mi padre, cuando fui a estudiar a Barcelona, solo me dio un consejo:

—Si te encuentras a alguien que no conoces y te dice que es pariente tuyo, sal corriendo.

Unos meses más tarde se presentó en mi casa uno que me aseguró que era primo mío. Me contó unas cuantas patrañas que me creí a pies juntillas, me olvidé del consejo de mi padre, y el primo —el otro— se fue con cuatro mil pesetas «de aquellas», que debió de considerar que eran «deuda ilegítima» porque no le volví a ver en mi vida.

Nunca más volví a encontrarme con un pariente como ese. Pero aquel día aprendí a no prestar dinero a alguien que afinara tanto en la calificación de la deuda.

Confiar en las personas te da la oportunidad de sorprenderte —para bien— y, ya que estamos escasos de buenas sorpresas, no nos va nada mal ponerlo en práctica.

Seguro que me faltan muchísimas más cosas para conseguir ser una persona completa. Pero estas dieciocho son un buen comienzo. Me sirven principalmente para marcar las ideas generales —la hoja de ruta que, expresión tan hortera y tan manida últimamente— de mi deambular en la vida.

Y me sirven, sobre todo, para empezar el libro con cierta claridad de ideas.